

Pregón
de las
Fiestas de San Antón

e

MADRID, 1987



Depósito legal: M. 42.581-1986 — Imprenta Artesanal del Ayuntamiento de Madrid

Pregón

MADRID ha sabido, de antiguo, gozar con sana alegría y satisfacción de toda clase de acontecimientos, fuesen profanos o religiosos. Pocos pueblos como el madrileño han logrado con tanta gracia hacer compatible la devoción con la diversión transformando toda celebración en manifestación o fiesta popular.

Madrid a pesar de la llegada de la Corte en el siglo XVI, no pierde su condición de ciudad mercado central donde acudían los campesinos a vender sus productos.

Muchas calles de nuestra ciudad son aún recuerdo imborrable de viejos caminos que comunicaban la Villa y Corte con las aldeas de sus contornos: Alcalá, Fuencarral, Hortaleza y Atocha eran antiguos caminos de herradura.

Madrid conservó durante mucho tiempo su talante rural que la hizo tan amiga de devociones asociadas a una cultura campesina. San Isidro,

Santiago el Verde, San Eugenio, La Melonera y la de San Antón recuerdan sin duda alguna nuestro origen.

La evolución de las romerías, va al compás del crecimiento de la Villa, transformada en una gran urbe.

Nada queda ya de aquella lejana ciudad rodeada de campos verdes y donde debió abundar la caza y la ganadería y donde San Isidro, nuestro Patrón, cultivaba las tierras de su amo, Iván de Vargas, ayudado por los ángeles.

Madrid estaba rodeado de ermitas, donde acudían toda clase de gentes en romería para festejar a sus santos o a cumplir con sus devociones marianas en busca de protección y ayuda.

La ermita de San Antón estaba cerca del final del Paseo de Coches del Retiro donde hoy está el Monumento a Lucifer, el «Ángel Caído».

En el siglo xvii allí se celebraba una antigua tradición, en cierto modo más próxima a las costumbres medievales en las que mundo, demonio y carne eran motivo de mofa y burla con fiestas carnavalescas en las que ya no se sabía donde estaban los límites de lo religioso y lo pagano.

Las batallas entre el bien y el mal, doña Carnal y doña Cuaresma, el Entierro de la Sardina o la

coronación de pobres, bufones, o símbolo del pecado como el cerdo, entraban en el ambiente de la religiosidad medieval y del Renacimiento donde se escenificaban toda clase de espectáculos grotescos y diversiones en las que se mostraba el reino del demonio, los pecados capitales y las tentaciones de este mundo.

La Coronación del «Rey de los Cochinos» en torno a San Antón, estaba en esta línea. Se elegía el «Cerdo Rey» entre los que concurrían en una carrera de verracos y se nombraba por sorteo, entre los pastores de piaras al «porquerizo mayor».

Nombrado el «Rey de los Cochinos», se le entregaban los símbolos reales, un báculo y una campanilla, le colocaban una barba, un mantón de estera y así engalanado, burdamente vestido de San Antón, se iniciaba una extraña procesión burlesca de piaras, porquerizos y gentes montados en borricos que acompañaban al «Rey» desde la ermita de San Blas, situada cerca del Observatorio Astronómico, hasta la de San Antonio, donde se bendecía cebada, pan y animales que componían su grotesca caravana.

Tan antigua costumbre fue prohibida por orden de las autoridades municipales por considerarla bárbara e indigna de la Villa y Corte, renaciendo posteriormente en el siglo XVIII, más de acuerdo con el gusto refinado de la sociedad borbónica y pasando

al escenario de la calle de Hortaleza, donde se había edificado el Templo y colegio de San Antón, perteneciente a los Padres Escolapios, en los terrenos de un antiguo Lazareto de la Orden Antoniana. Al parecer cuando se clausuró el Lazareto, volvieron a bendecirse panes, frutos y bestias, costumbre que ya no abandonaría este lugar, y que continuaron los padres abriendo la ventana baja de la calle de la Farmacia, donde se entregaban saquitos de cebada bendecida a los romeros.

La Romería aunque perdió su carácter pagano y ganase en vistosidad y boato, en consonancia con las buenas costumbres, no perdió su carácter popular y pintoresco pues, junto a la Corte, la aristocracia y las clases altas, las gentes del campo y las clases populares siguieron dispensando al Santo su original devoción y su peculiar modo de entender la romería y fiesta de San Antón.

Las «vueltas de San Antón» consistían en una vistosa cabalgata de animales bellamente enjaezados que iban dando vueltas por las calles de Fuencarral y Hortaleza, subiendo hasta Santa Bárbara y bajando hasta la Red de San Luis, girando en torno a la Fuente de la Alcachofa.

Esta Romería va evolucionando desde «el cerdo rey» de las ermitas de San Blas y San Antonio, hasta esta modesta conmemoración, pasando por las

brillantes fiestas dieciochescas. Por aquí han pasado los más variados cortejos, borriquillos, animales de tiro y labranza, ganados, caballos de raza, parejas de bueyes y mulas, calesas, simones y mil clases de animales domésticos. Por aquí han pasado incluso ejemplares de las Caballerizas Reales y el mismísimo escuadrón de la Guardia de Franco.

Nunca debió pensar aquel austero y santo anacoreta de la Tebaida, nacido en el año 250 en pleno auge del ascetismo cristiano primitivo, que iba a ser motivo de tan espectaculares fiestas y que su popularidad y devoción iba a alcanzar tan variados niveles sociales.

En aquellos tiempos del siglo III en que el cristianismo se iba extendiendo por todas partes, el ascetismo eremético hace su aparición en el Medio Oriente y los monges errantes se multiplican. Abandonaban casa, familia y bienes terrenales y se refugiaban en el desierto para alejarse de la sociedad, orar y disciplinarse.

Antonio no era pobre: donó sus ochenta hectáreas de tierra y después de confiar a su hermana a la caridad pública se retiró a la soledad del desierto donde sufrió las más horribles visiones que ser humano pueda soportar. El hambre, la sed, y toda clase de privaciones fueron los compañeros de San Antón y los animales del desierto los únicos amigos



que le ayudaban a superar su triste vida de ermitaño en constante lucha con el diablo que le ofrecía un mundo lleno de riquezas y placeres sin fin.

La imagen que hoy tenemos del Santo, está bastante alejada de lo que fue su vida. Hoy apenas recordamos las famosas «Tentaciones de San Antonio», sometido a la dura prueba de los pecados capitales y engaños diabólicos.

En otros tiempos en las que la conciencia del diablo dominaba el mundo y en los que la vida era concebida como una constante batalla entre el bien y el mal, la vida del Santo tenía un sentido ejemplar que despertaba una especial atracción humana y religiosa.

Hoy hemos olvidado las difíciles y duras tentaciones que sufrió aquel asceta del cristianismo primitivo y apenas recordamos la parte más dulce y apacible de su larga experiencia de anacoreta.

La sociedad de bienestar nos muestra un San Antonio casi ecologista y protector de los animales, más próximo a San Francisco de Asís. Ya no es el Santo que nos descubren los impresionantes y tremendos cuadros de Brueghel y del Bosco o la biografía de San Atanasio, que le conoció y que en cierto modo fue su discípulo.

El cerdo de los Evangelios ya no es el símbolo del pecado en el que se encarnan los malos espí-

ritus, ni la gula o la lujuria, la ira o la soberbia, parece que sean ya armas del diablo que despertaban en el Santo cenobita la angustia y le hacían luchar sin cesar para superar los instintos y los deseos más bajos de la naturaleza humana con las plegarias, las disciplinas y el ascetismo.

San Antonio Abad rodeado de pobres, posesos, leprosos, enfermos, discípulos y curiosos, se refugiaba en lo alto de las rocas en busca de soledad donde ofrecer a Dios sus sufrimientos.

Mucho ha evolucionado la imagen del Santo y mucho más aún la antigua fiesta y Romería, adaptada a los tiempos modernos, en las que el automóvil se ha hecho dueño y señor de la calle de Hortaleza y sus alrededores, donde se daban las «Vueltas de San Antón».

Bueno es que recordemos las obras y la vida de este ermitaño y santo varón que vivió ciento cinco años en los siglos III y IV de la era cristiana, y cuya devoción alcanzó tan notable popularidad.

Bueno es, también, que recordemos esta fiesta tan entrañable, unida a la historia de nuestra ciudad y que con ella cambia y se transforma.

Madrid, 17 de enero de 1987.

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200002277

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid